

La revista está servida

entender cómo un autor tan experimentado como Antonio Gala ha podido caer en una trampa tan simplista, que él mismo se ha tendido.

Decía antes que la obra se descabala. La estructura se hunde en arritmias, convenciones inverosímiles y desconexiones que la dirección de Manuel Collado no es capaz de salvar. Se pierde la fluidez, la unidad interna de la obra queda dispersa al servicio de una simbología bastante barata, metida con calzador.

Afortunadamente para el espectáculo, los intérpretes salvan la situación hasta donde les es posible. Fundamentalmente Julia Gutiérrez Caba en el papel de Petra Regalada y Aurora Redondo en el de ex Petra. Julia Gutiérrez demuestra, con este trabajo, que es la actriz más segura del teatro español actual. Sale triunfante a base de utilizar unos registros que no le conocíamos: una alegría descomunal sabiamente engarzada en una poderosa fuerza dramática, además de su habitual capacidad para la ternura. Julia Gutiérrez Caba hace lo mejor, es la tabla de salvación de la obra. Aurora Redondo, por su parte, a mí me ha dejado con la boca abierta: es una representante típica de esa fabulosa escuela hispana de intérpretes de carácter que, hoy por hoy, son lo mejor del panorama actoral de este país. La actuación de Aurora Redondo es de una genial intuición.

Cuando acabó la primera representación, Antonio Gala habló de que el teatro español estaba muy enfermo y que debíamos salvarlo entre todos, y que él ofrecía esta «Petra Regalada» como grano de arena para esa salvación. Desgraciadamente no se puede curar el cáncer a base de aspirinas.

Así, pues, yo me quedo con el planteamiento de la obra, con ese Gala castizo y auténtico que se había asentado sobre la idea de una «Petra» magnífica. Por lo demás, olvidaré pronto su incursión en el mundo de las fáciles simbologías sociopolíticas, tan en boga.

Juan Antonio
Gabriel y Galán

El sueño no fue eterno. Durante su larga enfermedad —un enmudecimiento de cinco años—, «Primer Acto» ha aumentado su altura en siete milímetros y medio, y su peso en más de un centenar de páginas. Se trata en realidad del «segundo acto», tal como ellos mismos dicen, de una aventura que, teniendo como protagonista a una revista teatral, pertenece por definición al género trágico.

«PRIMER Acto» está de nuevo en la calle —aunque en Barcelona todavía la ignoren quioscos que, en cambio, acogen a las más especializadas publicaciones—, con algunas novedades importantes.

En primer lugar, la incorporación de un subtítulo elocuente —«Cuadernos de in-

(el 182 desde el inicio de la serie, allá en 1957) no contiene ninguna sección de crítica en el sentido periodístico del término. Creo que es un gran acierto, no sólo porque la dilatada periodicidad de la publicación la hacía inoperante desde el punto de vista del lector que busca orientaciones en el momento de elegir su espectáculo, sino



vestigación teatral»—, que parece reflejar la consolidación de una voluntad teorizadora siempre firme, pero compartida, en la etapa anterior, por un afán de actualidad-informativa casi siempre ilusorio. Este nuevo número

porque, además, entraba en flagrante contradicción con un mercado latinoamericano que casi nunca tenía la posibilidad de contestar lo escrito con lo visto y oído. De este modo, «Primer Acto» delimita netamente su terreno de

juego —más en la línea de «Travail Théâtral» que de «Sipario»—, lo cual, aunque pueda parecer paradójico, debiera traducirse en un aumento de la audiencia.

Cabe señalar, como segunda novedad, e importantísima, el hecho de que ahora «Primer Acto», por vez primera en veinte años, recibe subvención pública. La Dirección General de Espectáculos aporta 110 pesetas por ejemplar, cantidad que cubre algo más del 30% de su coste real. Ignoro si este porcentaje es suficiente o no para asegurar una vida plácida a la revista (y un mínimo estipendio a sus colaboradores, antes benévolo en su mayoría), pero al menos este detalle denota un cambio de actitud en un organismo más inclito, hasta hoy, a la caridad pública y la política de fachada que a la política cultural.

«Primer Acto», en fin, incorpora nuevos apellidos a su nómina, dentro del mismo criterio de eclecticismo ideológico que siempre caracterizó a la revista.

Nadie sabrá jamás a ciencia cierta qué influencia real ejerció «Primer Acto» sobre la vida teatral de las diversas nacionalidades peninsulares y americanas. Nadie duda, sin embargo, que esa influencia fue de primer orden. Con cambios de timón a veces muy bruscos, en sus páginas se divulgaron nombres, se acuñaron mitos, se contagiaron modas. Pero también en ellas hallaron eco las ideas y las experiencias. «Primer Acto» abrió ventanas, y lo hizo contra vientos y mareas. Hoy, con «Pipirijaina», puede volver a ser la plataforma gráfica (la tipografía es excelente, pero habría que cuidar mucho más las imágenes fotográficas, una fuente básica de información) de los tal vez escasos pero irreductibles apasionados por un oficio —el teatral— más viejo aún que el comercio de cuerpos, tal como lo demuestra el mismo Génesis al relatarnos la soberbia interpretación de agit-prop realizada por Satanás en un paraíso llamado terrenal.

Jaume Melendres